

«Anda que anda»: *Poéticas de Guayasamín*, de Raúl Vallejo

Por Siomara España

Universidad de las Artes, 14 de julio de 2022

En febrero de 1832, Honoré de Balzac publicó un cuento titulado: «La obra maestra desconocida». La narración da cuenta de la vida de tres pintores: los jóvenes Poussin y Porbus y el anciano Frenhofer, de quien se sirve Balzac para exponer importantes reflexiones sobre la poesía, la pintura, el arte en general.

Las obsesiones de Frenhofer por lograr la obra de arte perfecta pone en manifiesto que la genialidad no solo radica en esa perfección, sino en lo sublime, así lo revela cuando dice: «La belleza es una cosa severa y difícil que no se deja alcanzar. Es preciso esperar sus horas, espiarla, apretarla y abrazarla estrechamente para forzarla a la entrega». Este postulado parece ajustarse cabalmente al proceso de este libro: *Poéticas de Guayasamín*, de Raúl Vallejo, obra que, en este tránsito de lo sublime a la escritura, va mostrando un trabajo de larguísimo aliento investigativo, de paciencia y minuciosidad para hurgar en los trazos esenciales, las formas y los significados, de una de las propuestas estéticas más profundas y humanas de la historia de las artes del Ecuador. El ejercicio de observar y sentir profundamente la obra de arte hace posible otra mirada, para posteriormente, escribir, transitar el vasto territorio de la literatura y así, solo así, «espiarla, apretarla y abrazarla estrechamente para forzarla a la entrega», tal es el oficio de la creación.

Poéticas de Guayasamín es un libro transdisciplinar, transgénico dice su autor en el prefacio, ya que en él podemos encontrar no sólo imágenes fotográficas alrededor de la obra pictórica de Oswaldo Guayasamín, sino además un espacio para percibir fragmentos de la condición humana, del artista y sus motivaciones, sus raíces y el dolor de su raza, este es el diálogo permanente, la urdimbre entre escritura e imágenes, que van de la poesía a la crónica, lo mismo que de la biografía al ensayo, el microrrelato, la entrevista o la reseña.

Para ser un gran escritor, no basta con la sintaxis, semántica o lingüística, conocimientos, disciplina, manejo de los variados recursos de la lengua y oficio; se necesita sobre todo alumbrar de distinta forma las *prendas* de la literatura; no existen temas nuevos, existe otra posibilidad de iluminarlos y Raúl Vallejo lo sabe muy bien, se requiere el *don*: la jiribilla, el duende o tábano; se necesita el aguijón que permite ser tocado por la gracia, por el fuego de la creación, por la posibilidad de configurar el artificio, y este es mayor si posibilita la confluencia bidireccional de dos lenguajes: escritura y artes visuales, lo que provoca en el artista escritor, una serie de reflexiones sobre el universo artístico de Oswaldo Guayasamín, sus inicios, búsquedas, sinsabores humanos y creativos, así como la recepción de su obra en distintas esferas.

Partiendo de la imagen visual, Raúl Vallejo edifica la imagen literaria; ambas se amalgaman para reinventar, repensar o reconstruir una memoria, posibilitado una nueva mirada del arte sobre el arte, especialmente desde la poesía que atraviesa aun los textos ensayísticos de este libro.

Así en «El profesor Gutiérrez», la prosa poética palpita y se hace estruendo entre resonancia de anáforas, anunciado el peso del nombre, el peso de la raza, imponiendo la pedagogía del miedo y la vergüenza a *ser*, pero también es un texto que expone la recepción de la crítica blanda y ligera que, en palabras de Glissant, muestra lo atávico y compuesto, con la voz que censura desde la clara filiación jerárquica de dominio de quien la ejerce.

El profesor Gutiérrez enseña los números y las letras con la pedagogía del temor y la palmeta. Soy inculto. El niño objeto de agravio se llama Osvaldo, hijo de José Miguel Guayasmin, indígena, y Dolores Calero, mestiza. Soy inculto. El niño dibuja en la soledad de los recreos; [...] no escucha al profesor [...] dibuja y dibuja. Soy inculto. El profesor Gutiérrez se adelanta la opinión que Marta Traba propaló entre su feligresía [...] y hace lo que ella no pudo hacer. Soy inculto. «Fíjese en su dibujo, es endeble; fíjese en la composición, no puede ser más pobre; fíjese en el color, no resiste ningún análisis [...]» Soy inculto. El profesor Gutiérrez rompe en cuatro pedazos el dibujo del niño [...] el indiecillo, para que no le quede duda, es obligado escribir muchas veces: Soy inculto.

Varios de los textos de este libro, transitan por el territorio de lo lírico, así las diferentes edades que configuran la poética de Guayasamín: Huacayñan, La edad de la ira y La edad de la ternura son recreadas en breves ensayos o crónicas donde lo estético evoca la obra de arte sin separar el efecto de la causa, dando apertura al diálogo directo. Así la obra de la serie de «La edad de la ira» y la crónica «¡En pie! ¡los condenados de la tierra!» se funden para expresar desde la voz de Vallejo: «¡los condenados de la tierra!: son los marginados de todos los pueblos; las masas de parias [...] rostros y [...] cuerpos de humanidad negada [...] quieren gritar, y habrán de rebelarse con la ira acumulada en siglos [...]».

Estos diálogos van construyendo una relación entre la obra de arte y el libro para hacernos parte de esa otra realidad, una especie de ficción documentada y sensitiva, que permite abrazar otras confluencias donde lo simple no estriba en poner la pintura al servicio de la literatura sino potenciar desde el territorio de lo estético, aquello que pueden complementarse y constituirse en una suerte de todo encadenado desde el pretérito y dar paso a otro tiempo como La edad de la ternura: «un penitente camino de llanto [...] Luego de la ira sin edad [...] un olor a pan [...]: es aquella que le dio la leche de su seno para la vida y el arte [...] que florece en la primavera de setenta lienzos. Es la madre es el hijo y es el amor inmemorial que los abrazo».

Sin temor a equivocarme puedo aseverar que todos los textos de *Poéticas de Guayasamín*, aún los artículos periodísticos, ensayísticos o investigativo, como dije al inicio, han sido tocados por la poesía, tal es el caso del duro artículo periodístico: «El nombre de la CIA», que da cuenta de la polémica que causó el mural pintado en 1988 por Guayasamín, para el Palacio Legislativo.

Como se cita en el libro, entre los múltiples detractores, están aquellos que tildaron la obra de: “propaganda stalinista”, “mural inicuo”, “vilipendio de nuestra nacionalidad”; y a su autor se lo calificó como: “querube de la oscuridad”, “señor de la falacia”, “indio”, “cínico”, “millonario”, “mal pintor”, “renegado”.

Uno de los defensores fue el escultor lojano Alfredo Palacio quien manifestó: «Guayasamín es una realidad rotunda [...] ejemplo del papel que juega el arte cuando es verdadero», el mural transgrede, polemiza, crea y canta identidad y libertad. Vallejo concluye el artículo con una línea poética que parece complementar lo dicho por Palacio al expresar: «el mural es un grito de rebeldía y esperanza [...] la aspiración de las dos manos que [...] tratan de llegar al sol».

Quiero concluir este breve acercamiento refiriéndome a un texto central, podría decirse el corazón de este libro, Vallejo nos regala un paralelismo lúdico de dos ejes sensoriales: la visión profundamente andina de Guayasamín y la bullente melodía de la portuaria ciudad de Guayaquil. Me refiero a la escultura «La Patria Joven», del parque

Forestal, que simboliza la cordillera de los Andes, a la que el escritor poeta le da una vida distinta, una ondulación de andanza, oteo y movimiento, convirtiendo a la efigie, en una especie de trencito blanco que a escondidas recorre la ciudad. El poema en mención lleva el sugestivo título: «Anda que anda» y dice:

En el cerro de casitas de postal / camino al faro, anda / en los puentes que atraviesan los esteros [...] anda, en las cantinas bohemias del suburbio [...] escurriéndose en la arboleda apretada de la isla Santay, anda [...] sobre el lomo caliente de las iguanas, anda [...] En la noria alunada del malecón [...] en la ría mansa de corriente aventurera anda, [...] anda que anda sobre las piedras bohemias de Las Peñas [...]

Que siga andando la memoria, la búsqueda, que siga escarpando ese trencito de cordilleras que es la literatura, la inagotable jiribilla de Raúl Vallejo.